

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID..... { Un mes..... 1 peseta
 > Trimestre... 2,50
 > Año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un Trimestre..... 3 pesetas
 > Semestre..... 6
 > Año..... 12

A NUESTROS LECTORES

La redacción de DON QUIJOTE, agradecida á los constantes favores con que la honra el público, ha establecido un servicio especial de información que nos permitirá adelantar todas las noticias de mayor interés que ocurran durante la guerra.

Al efecto, desde el próximo número, comenzaremos á publicar las

Cartas de un voluntario

en las que, en forma literaria, daremos cuenta de los sucesos más notables de la campaña.

También publicaremos retratos de los jefes y soldados españoles que más se distingan durante ella, así como los retratos de los jefes más significados de la insurrección.

Completemos nuestra

Información gráfica

publicando impresiones artísticas tomadas del natural de todas cuantas acciones se verifiquen, y reproducciones de los sitios á que dé celebridad la guerra.

Y ahora, digan ustedes si no hacemos todo lo posible por complacerles y servirles.

OTRA CATASTROFE

¡Otro crucero perdido!

La lista se va haciendo ya interminable. Primero, el *Reina Regente*; después, el *Tajo*; más tarde—ayer, ayer mismo!—el *Sánchez Barcáiztegui*, y hoy, el *Cristóbal Colón*.

Cuatro buques—¡casi toda nuestra Armada!—desaparecidos en el breve espacio de unos meses.

Ahora no han ocurrido desgracias personales. Tres marineros que no parecen ni vivos ni muertos, y que se supone—y muy lógicamente por cierto—que se han ahogado.

Y nada más. Tres víctimas. Poca cosa.

* *

La repetición de tantas catástrofes ha llegado á preocupar la atención pública.

La gente, asustada ante la repetición de estos hechos, se pregunta si son solos los «hados» los responsables de esta no interrumpida serie de hecatombes.

Nosotros nos hemos hecho también esta pregunta y no hemos sabido contestarla.

Deber es de los poderes públicos abrir una información que nos haga conocer las causas de esos siniestros.

Y después, ya con conocimiento de la verdad, castigar á los que resultaren responsables de estas catástrofes que nos van dejando poco á poco sin barcos y sin marinos.

LAS INUNDACIONES

La Providencia no se ha apiadado de nosotros. Seguimos siendo los favoritos de la desgracia. Parodiando al poeta, podemos decir que este es el país de los tristes destinos.

La región levantina y la aragonesa hallanse inundadas. Las noticias que nos comunica el telégrafo referentes á esta nueva desdicha, son capaces de poner espanto en el ánimo más entero.

Una verdadera desolación. Comarcas enteras arruinadas, las tierras de labor, convertidas en pantanos; las cosechas, perdidas; el agua, arrasándolo todo, destruyéndolo todo...

A estas horas hay muchas familias sin hogar y sin pan, abandonadas á las inclemencias de la suerte.

De allá, de los pueblos inundados, llega hasta nosotros el grito de dolor con que las víctimas nos saludan, solicitando nuestro auxilio.

Y es preciso atender urgentemente á esos infelices. Si el fondo de calamidades públicas se halla agotado, concédase un crédito extraordinario al ministro de la Gobernación para que socorra equitativamente á los tristes pueblos dañados por el temporal.

Si, hay que acudir en auxilio de esas tristes víctimas del destino.

Algo puede hacer por ellas la caridad oficial, algo puede hacer también la caridad pública.

Hace falta el socorro de todos, el socorro del rico y el del pobre. El billete de Banco y la moneda de cobre.

La mayoría de los labradores de Aragón y de Levante, y muchos de la Mancha, hallanse en la más espantosa miseria, arruinados, perdidos, sin medios de vida quién sabe para cuánto tiempo.

No nos limitemos á lamentar su desgracia y vayamos en auxilio de ellos.

¡Cuando hay voluntad, es tan fácil la caridad!...

Y no queremos creer que haya nadie que no sea capaz de hacer el sacrificio de unas cuantas monedas para socorrer á esos infortunados labradores, víctimas de los elementos.

LOS GRANDES CULPABLES

Lo más gallardo y brioso de nuestra juventud, los más alentados y expertos de los jefes y oficiales de nuestro ejército, han corrido á incorporarse al que por la integridad de la patria pelea en Cuba.

Esos hombres van á arrostrar el fiero empuje de los mambises, á desafiar sus arteras emboscadas, sus traidores lazos, el plomo de sus fusiles y el acero de sus machetes, y lo que es más temible, la insalubridad del clima, las fatigas de las interminables jornadas, la tensión abrumadora de la vigilancia continua, los sobresaltos de las sorpresas, las torturas del hambre, las crueldades de la sed, las mortificaciones de un sol de fuego, los fangosos breñales de la manigua y las infinitas penalidades que lucha tan ruda necesariamente trae consigo, inspirados sólo en su amor á la patria.

De esa alegre y robusta juventud que animosa y bullidora corre á nuestros puertos en demanda de buques que los conduzcan á las costas cubanas, ¡qué pocos, qué contados volverán!

Emulos de nuestros soldados en grandeza, las clases productoras han ofrecido á nuestros gobernantes hasta la última moneda de sus exhaustos bolsillos, y aun pareciéndoles pequeños tan grandes sacrificios, han aceptado para el porvenir la enorme pesadumbre de los cuantiosos gastos que la guerra origina.

Todos se han disputado el derecho de ser grandes, solo nuestros gobernantes han tenido la antipática particularidad de presentarse pequeños.

Entretenidos en las mezquindades de sus disputas, han desertado del puesto que el deber les impone.

Se han pagado más de los resultados que de sus causas originarias y atentos solo á mandar soldados para que combatan, no han tenido á bien enviar jue-

ces y guardies civiles para que estirpen las causas que han motivado el levantamiento de las partidas filibusteras.

Que luchen nuestros soldados sin tregua, ni descanso mientras quede un solo insurrecto en armas, pero que trabajen también y con tan denodado entusiasmo los jueces, hasta llenar las cárceles de la isla de esos ladrones, honrados con los prestigios que las grandes riquezas proporciona, de esos empleados prevaricadores y de esos industriales cuya sola industria consiste en robar al Tesoro público.

Es temible, muy temible, el filibusterismo violento que pide refugio á la manigua y ayuda al rifle y al machete; pero son más temibles, mucho más, los mafiros insurrectos que, agazapados en las oficinas, con sus trapacerías y espoliaciones, deshonoran nuestra bandera y disculpan las más temerarias resoluciones.

La impunidad da alientos y empuja á las más audaces demasías. Allá va un ejemplo. Una de las sociedades de crédito más importantes de la Habana, el Banco de Comercio, Ferrocarriles de la Habana y Almacenes de Regla, en su memoria correspondiente al año social de 1890, en la página 9, consigna la última acción de un empréstito firmado en Londres el 16 de Octubre de 1890 importante 1.600.000 libras esterlinas, representados por 5.000 bonos en esta forma:

600 de á 1.000.....	600.000
1.400 > 500.....	700.000
3.000 > 100.....	300.000
	1.600.000

al interés del 5 por 100 anual é hipoteca de todos los ferrocarriles anexos, con excepción de los terrenos de Villanueva, que quedaron libres.

¿Y sabe el Sr. Castellano cuanto paga esa sociedad á la Hacienda por derechos reales?

¡Pues once mil y pico de pesos!

¿Cree el ministro de Ultramar que corresponde revisar el pago y exigir la responsabilidad judicial á que se hallan hecho acreedores los autores de esta audaz detentación?

Este hecho que demuestra la ceguera de la administración cubana, y como éste otros infinitos que tenemos en cartera y hablaremos de ellos en sazón oportuna, han llevado más filibusteros á la manigua que las más ardientes predicaciones de los más fanáticos propagadores del separatismo.

Para concluir con la guerra se necesita concluir con las causas que la motivan. Enviase en buen hora soldados, pero enviense también empleados que no defrauden y jueces que exijan responsabilidad á los que delincan.

Acabemos con el filibusterismo, pero acabemos también con la inmoralidad administrativa.

LA VARA DE LA JUSTICIA

(SATIRA)

Los cargos públicos gozan en Belén tanto descrédito, que a hombres y á mujeres públicos los miden por un rasero. *Papam habemus*, se dice, exaltando á un papa nuevo, y allí, al nombrar un alcalde, exclaman:—*¡Ladrón tenemos!*

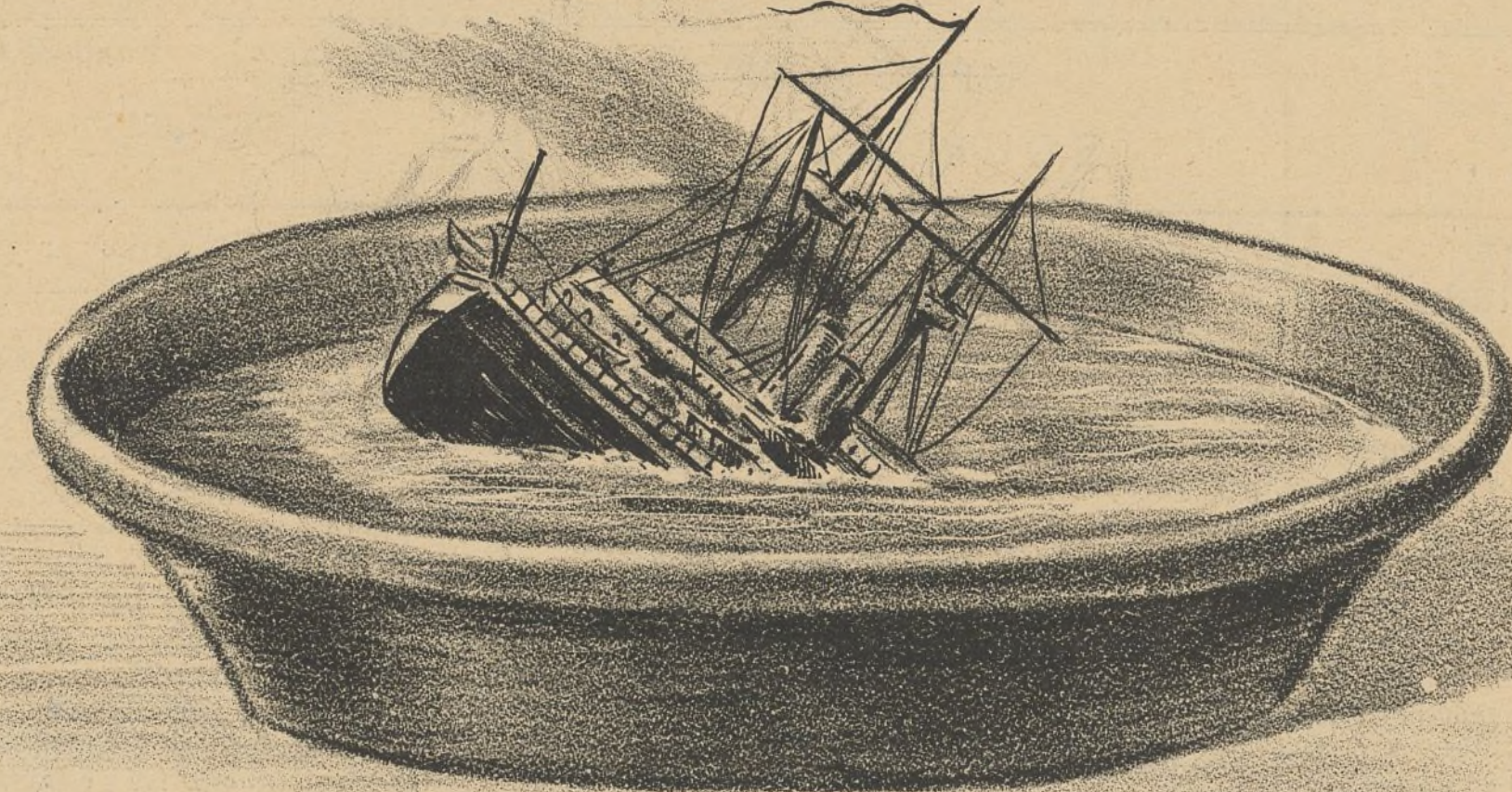
Hubo allí un gobernador que más que un hombre era un ciervo pues viviendo entre gazapos, le despuntaron cien cuernos.

Otros autores afirman que era el tal un zorro viejo, graduado en zorrierías y doctor en gatuperios. Este, á un alcalde novel dió la vara y nombramiento, desgraciado la gracia con los siguientes consejos: «La virtud en el alcalde estriba en mirar á tiempo, y en el grado y en la forma que reclamen los sucesos; así tendrá usted que ser, aunque les vea los tuétanos,

DON QUIJOTE.



ANTAÑO

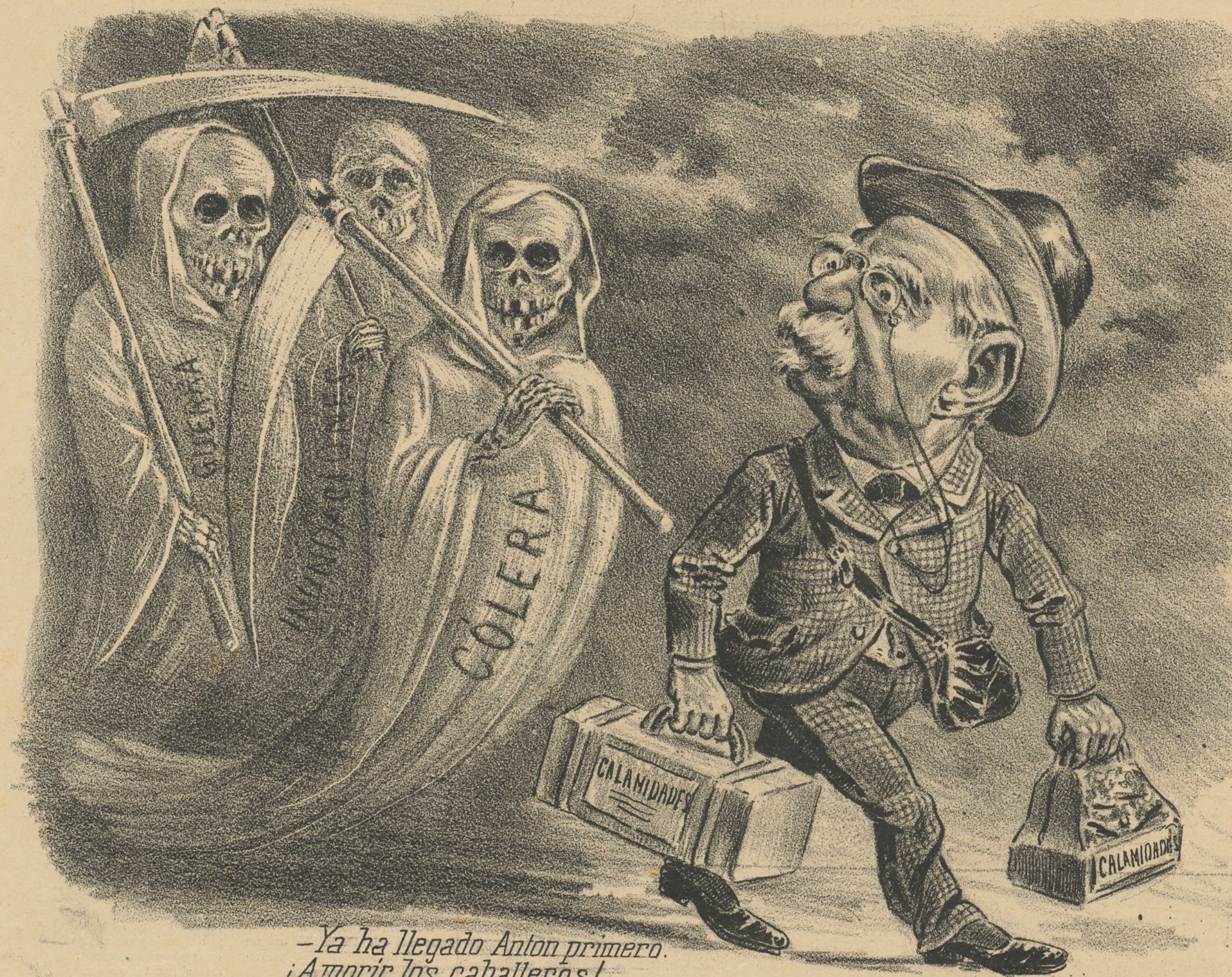


HOGAÑO



¡No me toque usted a la marina

LOS HOMRES DEL DIA



*—Ya ha llegado Anton primero.
¡Amorir los caballeros!*



Leopoldo As. (Clarín,



—Nada, nada, enseguida que acaben de caer estas cuatro gotas comienzo las operaciones.

Lit. de Luis del Valle, 36.

EL ÉSCAPULARIO

I

Las gentes de Urbesiera, convencidas al fin de lo útil que es á todos los pueblos aplicar cuantos adelantos con el progreso han surgido, decidieron tender á través de su territorio una línea férrea que los pusiera en relación con las vecinas tierras, desde mucho antes poseedoras de las ventajas que aportan la cultura y la civilización.

Con ardor grande dióse principio á los trabajos, que eran penosos por lo accidentado del terreno, lo abrupto de aquellos parajes, en los que abundaban las montañas, cubiertas en sus laderas de robustos castaños y en sus cimas cuajadas de esas flores silvestres que pregonan muy alto cuánta es la prodigalidad de la Naturaleza.

Los jornaleros alistáronse para ganar el sustento en aquellas obras, que habían de dar por fruto un llano sendero destinado á servir de vía al tren, conducido por la locomotora, que con su rápido alcance pregonaba lo que hoy significa, y con el humo desprendido de su chimenea dice lo que el ayer vale.

Entre estos jornaleros había uno llamado Antonio, hombre de honradez intachable, religioso por todo extremo, trabajador cual ninguno, y como pocos, amigo de repartir la pobreza de su jornal, ganado á fuerza de fatigas, entre Clara, su mujer, y Jacinto, su hijo, muchachuelo lleno de gracia, que era en el hogar miserable de Antonio como el rayo de la luz alegre que alejaba las sombras de los pesares, tan frecuentes en las chozas, donde todas las necesidades tienen su guarida.

Al término de cierta tarde, Antonio, de regreso del trabajo, llegó á su casa mal humorado y displidente. Con cariño su mujer le interrogó acerca del motivo de su tristeza, y el marido, con no menos solicitud, contestó á la pregunta del modo siguiente:

—Ya sabes, Clara, que las obras del ferrocarril son muy peligrosas. A cada minuto estalla un barreno que hace temblar el suelo y levanta las piedras hasta las nubes. Nuestras vidas tienen que hallarse bajo una protección: yo he buscado la de San José. La santa imagen del bendito patrón que llevo en el escapulario me quita todos los temores, y cuando la siento sobre mi pecho, no se me da una hilacha de todos los estampidos que retumban, ni de todas las piedras que vuelan. Pues bien, esta tarde lo he echado de menos, y presiento que la pérdida del escapulario es anuncio de alguna desgracia...

—¡Quita allá, tonto!—dijo interrumpiéndole su mujer. No has perdido el escapulario: lo que has perdido es la cabeza. ¡Tonto, más que tonto! ¿No te acuerdas que al levantarte dejaste la reliquia colgada de la cabecera de la cama?

—¡De veras!—exclamó con alegría Antonio.

—Como te lo digo. Hace poco, al verla, caí en la cuenta de que podías echarla de menos...

—Pues oye, Clara. Si alguna vez me sucede, no dejes de enviarme el escapulario. Como me levanto de prisa, con la precipitación es fácil que la imagen de San José no me acompañe por olvido mío. Pero no dejes de enviármela. ¡Podría ocurrirme una desgracia, y entonces!...

—¡Calla, por Dios, hombre! Descuida, que si te vuelve á suceder, corriendo he de enviarte el bendito escapulario. Y basta de presagios tristes, y vamos á cenar.

Dicho y hecho, mientras el padre llamaba á Jacinto, la madre colocaba sobre una mesa baja el blanco mantel, las cucharas de palo y el pan. Después de unos cuantos minutos, aquellas personas, unidas por los vínculos del amor, y revelando en sus rostros la más franca satisfacción, devoraban un pobre guisado, contenido en una honda cazuela, de la que se desprendía densa columna de humo que, á manera de incienso, ascendía á las alturas como en acción de gracias por la modesta felicidad de aquellas humildes criaturas que abajo estaban.

II

La claridad de la aurora, que ya inundaba todo el cielo, tocó en las estrechas ventanas de la choza de Antonio. Este se despertó sobresaltado. Comprendió que era tarde para dirigirse al trabajo, y comenzó á vestirse con precipitación.

—¡Qué zote soy!—decía por lo bajo, mientras con gran apresuramiento iba colocando en su cuerpo las prendas del abrigo. Cuando me acuesto ¡nadá! que duermo como un lirón. Es claro, estoy charla que te charla con ésta y con ese tunante...

Y al decir esto señalaba á su mujer, que dormía sobre el lecho matrimonial, y al hijo que, rendido de cansancio, roncaba á pierna suelta sobre una camita colocada en la alcoba.

—¡Si habrá pasado lista el capataz! Voy á caer en falta, y bien sabe Dios que lo siento. No, lo que es hoy, en cuanto salgan las estrellas ceno y me acuesto, para levantarme antes que las estrellas se vayan. Si no, me van á tomar por un vago; á quien le gusta el calorillo de la cama más que el trabajo.

Acabó la tarea de vestirse, frotó con agua fresca la cabeza, y andando de puntillas salió del albergue, salvando á buen paso la distancia que entre éste y las obras había.

Ya estaba la mañana adelantada, cuando Clara se des-

pertó, comprendiendo que se había excedido en el sueño. Jacinto también abrió los ojos á la luz, y madre é hijo se vistieron á toda prisa, la una para preparar el almuerzo del padre, y el otro para dedicarse, según costumbre, á sus juegos por el campo.

De pronto Clara se paró ante la mesa, y llamando á Jacinto le dijo:

—Oye, hijo mío; tienes que ir á llevar esto á tu padre, que se le ha olvidado.

Y al decir esto, mostraba la reliquia de San José, colocada en la cabecera por olvido y apresuramiento de su dueño.

—Luego se la daremos, madre—replicó el muchacho.

—No, hijo mío, no. Este santo es el que protege á tu padre, y sin él puede morir aplastado por uno de esos cantos que saltan del barreno echando demonios. Con que anda, llévaselo y dile que pronto estará el almuerzo. Te quedas allí y almorzaremos juntos al lado de las obras. ¿Entiendes?

—Sí—dijo Jacinto saliendo de la casita y echando á correr á través de la campiña, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Padre, el escapulario!

III

La manola llamaban los habitantes de la comarca á una montaña de ancha base y gran altura, desde cuya cumbre se dominaba un terreno de inmensa extensión. La manola caía encima del trazado de la vía, y los ingenieros acordaron traspasar el corazón de aquella mole de piedra que iba, después de terminados los trabajos, á sentir conmovidas sus entrañas por el estrépito del tren y el silbar agudo de la potente máquina de vapor.

La pólvora y la dinamita hacían brecha en los duros peñascales de La manola. Con algunos intervalos, y después de ordenar á los obreros que se alejaban de aquel sitio, atronaban el espacio estampidos tremendos, después de los cuales nuevas cavidades ofrecían en su cuerpo la montaña, que algunas veces mostraba en sus recién abiertas hendiduras un chorro de agua, especie de sangre que salía de las anchas heridas abiertas en aquel gigante de piedra.

La mañana que Antonio prolongó su sueño más de lo debido, estaba destinada á soltar algunos barrenos. Los obreros fueron alejados de aquel sitio y puestos á cierta distancia para que se lanzaran después sobre las piedras desencajadas de su asiento, y poco á poco abrieran el negro conducto, que se hundía en las sombras buscando la salida, y con la salida la luz del opuesto lado.

Una gran masa de jornaleros, con los ojos clavados en La manola, aguardaba el momento en que habían de comenzar los estampidos, que parecían salvas en honor del progreso triunfante. De pronto, todos lanzaron un grito de terror.

A carrera tendida y en dirección, y ya muy cerca, de la gran montaña, veíase un niño, cuya voz, traída por el eco, apenas si sonaba, en el sitio en que los obreros permanecían, como un débil chillido. De pronto, unos cuantos hombres dijeron:

—¡Es el chico de Antonio!

—¡Fuera, fuera!—gritaron muchos.—¡Que va á estallar el barreno!

De la masa compacta formada por aquellos hombres, se destacó uno pálido, con la palidez de la muerte, convulso, que se lanzó hacia La manola, agitando los brazos maquinalmente y sin poder emitir aquella palabra que el espanto había detenido en su garganta. El hombre en cuestión era Antonio. Hubiera querido detener con la mirada á su hijo inocente, que, cada vez más cerca del peligro, iba agitando con la mano derecha el escapulario y repitiendo sin cesar el nombre de su padre.

Hubo un gran momento de angustia. Todos los obreros, detenidos por el pavor, veían al padre correr hacia el hijo, y éste aproximarse cada vez más en cada momento al lugar del peligro. Todos esperaban el instante en que sacudiese con violencia los aires la detonación, que anunciaría seguramente una catástrofe.

De pronto, Antonio se paró. Supuso que el hijo le atendería, y pidiendo fuerzas mostruosas á sus pulmones, exclamó:

—¡Jacinto!

No se pudo oír la última sílaba. Un estampido formidable la ahogó. Nubes de polvo se alzaron de la tierra, que, conmovida, estremeciéndose un punto, arrojando con violencia al desventurado Antonio, á un tiempo falto de equilibrio y de fuerzas.

Cuando acudieron los compañeros de Antonio, ya éste se había levantado corriendo hacia la boca del túnel. Cerca, muy cerca de ella, estaba el cuerpecito, horriblemente mutilado, del infeliz Jacinto. Casi deshecha la cabeza, rodeado el cuerpo de un lago de sangre que había salpicado las piedras de alrededor, y con el brazo rígido y la mano cerrada, apretando violentamente el escapulario de San José.

Al llegar Antonio junto al cadáver de su hijo, comprendió la misión que éste llevaba á aquel lugar, y alzando los ojos llenos de lágrimas hacia el cielo, lanzó una mirada de furor, al propio tiempo que decía con voz temblorosa:

—¿Pero no ves esto, Dios?

J. FRANCOS RODRIGUEZ.

Diego Pacheco, impresor, Plaza del Dos de Mayo, 5.

con los benévolos bizco, con los protegidos tuerto, con los paniaguados turbio y con mis amigos ciego. Mas si fueren enemigos abra más ojos que un queso, que en materia de gazapos lo más compensa lo menos. Puede hacer la vista gorda cuando tope con el juego, y aun puede cerrar los ojos si abre la bolsa primero; usted me dará noticia contante y sonante de ello, que como yo tenía parte, jamás lo tendrá el gobierno. Si proyectan ensanchar los arrabales del pueblo, me compra usted, bajo mano, los riñones del proyecto, y cuando valgan tres veces lo que hoy valen, los vendamos; porque fuera criminal dejar un negocio muerto. Le dice usted al alcalde que mate de hambre á los presos, que mantener presidarios no es digno de caballeros; y si lo hace de esta suerte quedará tan satisfecho, que le tengo que ayudar en todo su... desempeño. Las cuentas que ha de rendirme haga porque lleguen presto,

que yo las pondré corrientes en muy brevisimo tiempo, y aunque resultaren sucias, no las detenga por eso, que los ochavos que resten por acá los limpiaremos. A todas estas razones estuvo el alcalde atento, mientras daba con las manos vueltas á su ancho sombrero. El gobernador le dió la vara y el nombramiento, y, requiriendo la vara, exclamó el alcalde nuevo: —¿Para qué sirve este palo? —Para hacer justicia. —¿Y puedo hacerla desde ahora? —Sí, desde este mismo momento. Apenas dijo esta frase aquel gobernador ciervo, cuando el alcalde le dió un garrotazo soberbio, casado y con gran familia. pues fué padre de otros ciento. Socorro el gobernador demandaba á voz en cuello, mientras decía el alcalde acentuando el vapuleo: Ahora cumplo con la vara; lo demás lo haré en el pueblo.

RAFAEL TORRONE

LANZADAS

Ya no podemos ni siquiera beber.

El agua del Lozoya viene turbia.

Pero el conde de Peñalver, que está en todo, ha ideado un medio de conjurar el conflicto.

Y ha mandado borrar de las esquinas esos letreros subversivos que habrán ustedes leído en más de una ocasión:

«Se prohíbe hacer aguas.»

Vamos á ver, ¿y por qué viene turbio el Lozoya?

¿Se sabe si se ha lavado las manos en el Canal alguno de nuestros ediles?

D. Emilio, según dicen sus cronistas, está escribiendo una nueva y notable obra.

Que se titulará probablemente:

EL ETERNO MASCULINO.

Novela en varios capítulos.

Capítulo primero.

El ministro de la Guerra se marcha á San Sebastián á conferenciar con la regente.

Capítulo segundo.

Se concede gran importancia política al viaje que el Sr. Azcárraga proyecta hacer á San Sebastián.

Capítulo tercero.

Martínez Campos comentando las anteriores noticias:

«¡Siento frío por la espalda y me late el corazón!»

El Movimiento Católico propone muy serio, que se nombre ministro de Marina al marqués de Comillas.

¡Hombre, sí, no nos parece mal!

Ya ha dicho de él el general Martínez Campos, que es el primer patriota de España...

Conque nada más lógico que le hagan ministro.

¡Señor, las cosas que hay que hacer para que no le retiren á uno el anuncio de la Transatlántica!

El Correo Español ha hecho saber al respetable público que el duque de Madrid ha escrito una carta muy sentida á Su Santidad León XIII.

Papeles son papelss.

cartas son cartas,

palabras de D. Carlos

todas son falsas.

Leo y me admiro:

«El conde de la Mortera ha celebrado una larga conferencia con el ministro de Ultramar sobre los problemas antillanos.»

Y en Dios y en mi alma juraría que esa noticia es inexacta.

Porque el conde de la Mortera no puede estar en la Península sin faltar á su deber.

¿O es falso acaso que se ofreciera al general Martínez Campos para ponerse al frente del 5.º de voluntarios?

Esperamos su contestación, señor conde.